

espontáneamente y con la mayor prontitud los efectos de la piedad y devocion á esta Sede apostólica que heredó de sus antepasados y que ha sabido aumentar con su filial amor para con Nos. Quiso además que fuesen públicos los nobles sentimientos de su voluntad, recibiendo en sus estados con singulares demostraciones de benevolencia á nuestro venerable hermano Inocencio, arzobispo de Tiro, enviado en calidad de nuestro nuncio ordinario. Nos hallamos, pues, colmados de indecible alegría, y damos inmortales gracias á Dios omnipotente que ha querido que la cadena de los sucesos y la conformidad de las voluntades se combinasen de suerte que sirviesen á ilustrar los principios de nuestro pontificado con tan señalado beneficio para la Iglesia; el que tanto mas creemos deber agradecer á Dios, cuanto menos méritos tenemos para poderle atribuir á nuestra solicitud é industria." Corresponde á este principio el resto de la alocucion en que se extendió Clemente XIV tributando todo género de alabanzas al Rey de Portugal por aquel acontecimiento, que le hacia esperar otros muchos para bien de la Iglesia, que le proporcionarian nuevas ocasiones de alegrarse con sus hermanos.

13. Sin embargo, no todos se alegraban como el Pontífice. Los Soberanos de la tierra, por un destino inherente á su elevada clase, tienen la desgracia de no poder contentar siempre á todos, y de ver á las veces interpretadas siniestramente sus acciones aun las mas sábias y justas. Los romanos Pontífices no están exentos de esta ley comun á todos los que mandan, como se manifestó en esta ocasion. Aun no se habia disuelto el

consistorio, cuando algunos de sus miembros manifestaron desaprobar todo lo ocurrido y señaladamente la promocion del nuevo cardenal, sin mas causa que por haber manifestado el arzobispo de Évora alguna aversion á los jesuitas cuando fueron expelidos de Portugal. Murmuraban tambien de la decantada reconciliacion diciendo que no podia ser buen presagio para el porvenir, porque á pesar de ella no se habia aun abierto la nunciatura, ni revocado el secuestro de las pensiones que percibian algunos prelados romanos de los obispados portugueses, ni concluido ningun tratado, ni restituidas las cosas á su estado primitivo. Aumentáronse progresivamente semejantes murmuraciones, nacidas en unos de la manía de contradecir, en otros del espíritu de avaricia y de interés, y en todos generalmente de la propension á denigrar todas las operaciones de Clemente XIV. Nada de ello ignoraba el sábio y vigilante Pontífice; pero se tranquilizaba con la segura esperanza de ver concluido felizmente el negocio, y reducidos al silencio y á la confusion todos sus murmuradores. En efecto, el gobierno de Portugal y el nuncio apostólico continuaban cada uno por su parte tomando las medidas para la total restauracion; y al cabo de dos meses que residia en Lisboa monseñor Conti, se abrió solemnemente el tribunal de la nunciatura, se declaró libre el comercio entre Roma y Portugal, y se revocaron todos los reales decretos expedidos en contrario, especialmente el de 4 de Agosto de 1760.

14. Trasportado Clemente XIV del mayor júbilo al recibir tan fausta nueva, mandó reunir extraordinariamente

el consistorio el dia 20 de Setiembre. Su alocucion á los cardenales concebida en los términos mas expresivos de alegría y de agradecimiento á Dios y al Rey y gobierno de Portugal, se hizo muy notable y vino á ser el objeto de las conversaciones de toda la ciudad. Muchos cardenales oyeron con disgusto los elógios que tributó el Pontífice al marqués de Pombal, conde de Oeiras, llamándole hijo benemérito de la Iglesia; pues no podian olvidar los amigos de los jesuitas la conducta que observó aquel ministro contra ellos y contra el nuncio Acciajuoli. Mas el Papa, no contento con haber desahogado su corazon con el discurso hecho al consistorio, quiso que toda la ciudad participase de su alegría; y apenas se levantó la sesion, se encaminó á la iglesia de los santos Apóstoles donde hizo cantar un solemnísimó *Te-Deum*. Por la tarde fue públicamente á la iglesia de San Antonio de los portugueses, y entregó al cardenal protector de aquella nacion la rosa de oro para que se fijase en aquel templo en perpétuo testimonio. Los aplausos y aclamaciones de todo el pueblo romano acompañaron al Pontífice en aquel acto tan grato á su corazon, y sirvieron á tapar las bocas de los mal contentos. Ordenó además el Papa á todos los cardenales y prelados celebrar el acontecimiento con iluminacion general, y por su parte hizo iluminar la cúpula de San Pedro, cosa nunca acostumbrada. Iguales demostraciones practicaron, aunque sin ser invitados, todos los embajadores extrangeros, señalándose especialmente los de España, Francia y Nápoles. Semejante espectáculo era de todo punto nuevo para Roma, pues jamás se

habia visto solemnizar de aquella suerte la reconciliacion con alguno de los Principes cristianos, y solo tiene de semejante en la historia la celebridad á que dió lugar la solemne profesion de catolicismo que hizo Enrique IV de Francia en 1595.

15. En la real familia del tercer sucesor de aquel gran Monarca frances, admiró en este tiempo la Europa católica un acto de extraordinario heroísmo, y uno de los triunfos propios de nuestra santa Religion. María Luisa de Francia, hija de Luis XV, meditaba ya algun tiempo dar de mano á las grandezas humanas y consagrarse enteramente á Dios profesando una vida religiosa y austera en un monasterio de estrecha observancia. Habia comunicado el proyecto á su augusto padre, quien admirando la constancia invencible de la Princesa, no pudo resistir á sus repetidas instancias y la permitió finalmente retirarse al monasterio de carmelitas de San Dionisio; pero con la condicion de obedecer á todo lo que se la prescribiese para atender á su salud, y de abstenerse cuando fuese necesario de la observancia de la regla. El abate Bertin fue encargado de recibirla en el convento y de intimar la órden del Rey á la superiora. Antes de salir de palacio distribuyó la Princesa sus joyas entre las personas de su servidumbre, á quienes ocultó su resolucion hasta el momento de estar ya en el convento donde las despidió para siempre. Vistió luego el hábito de novicia y manifestó su voluntad de que nadie la sirviese, resuelta á hacer por sí sola todos los oficios propios de su nuevo estado. Concluido el término de probacion prescrito en las constituciones de aquel

monasterio, recibió el velo de manos del nuncio apostólico autorizado expresamente por su Santidad, y pronunció los votos solemnes á presencia de la real familia y de toda la corte. Solo faltaban para hacer mas grandioso aquel espectáculo los virtuosos Delfines y la Reina madre; pero los tres uno tras de otro habian bajado á la tumba poco tiempo antes. Parecia en cierto modo que las almas mas virtuosas y puras abandonaban de consuno la mansion de la tierra para no presenciar la depravacion y libertinage que iba creciendo cada dia en Francia. Sin embargo, es tal la fuerza de la virtud y tan grande el imperio de la religion sobre los corazones, que apenas se encontró uno de los que asistieron á la profesion de la Princesa que pudiese resistir á la tumultuosa agitacion de afectos encontrados y no prorumpiese en lágrimas de ternura y compuncion.

16. Desembarazada así de los últimos lazos que la ataban al mundo, la religiosa Princesa convertida en sor Teresa de San Agustin, levantó mas y mas el edificio de su perfeccion que habia principiado en medio de las grandezas de Versailles. Veíase con admiracion á una hija de Reyes obedecer á la voz de una religiosa, condenarse á toda especie de privaciones, someterse á todas las prácticas de una regla austera añadiendo aun nuevas mortificaciones, encargarse de las obras mas duras, y no distinguirse sino por una piedad mas valerosa y por una humildad mas profunda. Cada religiosa encontraba en ella una amiga, una madre, un modelo. Procuraba el bien temporal y espiritual de su comunidad; esforzabase tambien desde el centro de su retiro á

ser útil á la Iglesia; pero jamás quiso solicitar para nadie beneficio alguno, y mucho menos entrometerse en la provision de obispados. Durante su vida monástica acogió con empeño á las carmelitas secularizadas en los Países-Bajos, y distribuyó doscientas y sesenta de ellas en diversas casas de su orden, sin preveer que aquellas religiosas á quienes tan generosamente procuraba la hospitalidad, vueltas un dia á sus conventos recibirian á su vez sus hermanas expulsas de Francia. Atenta á promover todas las ventajas de su orden, favoreció á algunas carmelitas que deseaban seguir la regla en toda su pureza, y les obtuvo el convento de Charenton, donde se reunieron en virtud de un breve del Papa autorizado con la aprobacion del Rey. Finalmente, despues de haber dado al mundo los mas edificantes ejemplos, enfermó á fines de Noviembre de 1787, y murió el 23 de Diciembre siguiente con los mas tiernos sentimientos de amor de Dios y de confianza en su bondad.

17. Otra de las pruebas que dió la religiosa Princesa de su virtud y celo por el bien de la Iglesia y del estado, fueron las repetidas instancias que hizo á su augusto padre contra los progresos de la irreligion y contra la desenfrenada licencia de los incrédulos; porque léjos de disminuirse tan grande mal con los remedios que se le habian aplicado, aumentábase al contrario de dia en dia con mayor perjuicio de la nacion y de la Iglesia. Varias veces hemos ya hablado de los esfuerzos que hicieron los obispos de Francia y las asambleas generales del clero; pero tambien hemos visto que poco ó ningun resultado produjeron aquellos esfuerzos contra un partido

favorecido por la debilidad del gobierno, por la propension á la novedad, por la corrupcion de costumbres y por el deseo de la independencia. Creyó no obstante la asamblea de este año 1770 que debia tentar todo para oponer un dique á tamaño desórden. Habia ya el Papa escrito al Rey para empeñarle á prestar su apoyo á los obispos en las deliberaciones que iban á tomar, y los prelados pusieron en manos del Príncipe una memoria que contenia sus representaciones. Quejábanse en ellas de la inutilidad de los esfuerzos de las asambleas precedentes; pintaban el número de los malos libros que se aumentaba de dia en dia, su circulacion impune, las bibliotecas inficionadas, todas las provincias, todas las clases del estado expuestas á la seduccion, y la impiedad introduciendo sus producciones hasta en las aldeas para extinguir en ellas la fe y hacer aborrecer la autoridad. „Porque, decian los prelados, la impiedad no limita á la Iglesia su ódio y sus proyectos de destruccion; quiere haberlas á un mismo tiempo con Dios y con los hombres, con el imperio y con el santuario, y no quedará satisfecha hasta que haya aniquilado toda potestad divina y humana. Si esta triste verdad pudiera ponerse en duda, estaríamos, Señor, en estado de mostraros la prueba de ello en una de esas obras irreligiosas nuevamente esparcidas entre vuestros pueblos, y en la que, bajo el especioso nombre de *Sistema de la naturaleza*, se enseña abiertamente el ateísmo en toda la extension de la palabra con tal audacia y furor, que no hay egeemplo de ello en los siglos pasados. El autor de esta produccion, tal vez la mas criminal que ha salido de entendimiento

humano, no cree haber hecho bastante mal á los hombres enseñándoles que no hay libertad, ni providencia, ni seres espirituales é inmortales, ni vida futura; que todo el universo es obra de la ciega necesidad, y que la divinidad no es otra cosa que una quimera horrorosa y absurda que debe su origen al delirio de una imaginacion turbada por el temor, y cuya creencia es la única causa de todos los errores y males con que se ve afligida la especie humana: dirige tambien este escritor sus miradas sobre las sociedades y sobre los gefes que las gobiernan: en aquellas no ve otra cosa que una vil reunion de hombres cobardes, ignorantes y corrompidos, postrados ante los sacerdotes que los engañan y los Príncipes que los oprimen: en los gefes de las naciones no ve sino malvados y usurpadores que las sacrifican á sus pasiones y caprichos, y que no se arrogan el fastuoso título de representantes de Dios sino para egercer sobre ellas mas impunemente el despotismo mas injusto y odioso; y en la concordia del sacerdocio con la potestad soberana ve tan solo una liga formada contra la virtud y contra el género humano. Para precipitar á las naciones en la anarquía ha mucho tiempo que la impiedad se dedica á romper por grados todos los vínculos que sujetan al hombre á sus deberes. En vano querria adornarse aun con las falsas apariencias de sabiduría y amor á las leyes; su espantoso secreto acaba de escaparsele, y está ya convencida de ser tan enemiga de los pueblos y de los Reyes como del mismo Dios. Sin embargo, Señor, ¡quién lo creyera! Libro tan impío y sedicioso se vende impunemente en vuestra capital y acaso á las puertas de

vuestros palacios: luego penetrará hasta las extremidades de vuestro imperio, y derramará allí en los corazones el germen de la desobediencia y de la rebelion. ¿Y las leyes callan? ¿Y la autoridad tranquila no piensa en arrancar de las manos de vuestros súbditos este monstruoso conjunto de blasfemias y de principios destructores de toda autoridad?"

Exponia en seguida la asamblea los artificios de que se valian los distribuidores de malos libros, y las maniobras con que la impiedad, ayudada de la codicia, esparcía su veneno. Preguntaba luego por qué la policía de la capital, tan hábil y poderosa para otros objetos, no se ocupaba de una calamidad tan digna de su atencion; y á consecuencia se leian en sus memorias estas notables reflexiones: „para no detener los felices progresos del entendimiento humano, ¿será necesario permitirle que lo destruya todo? ¿No podrá por caso ser libre, sino cuando nada haya sagrado para él? Esta desenfrenada libertad de hacer públicos los delirios de una imaginacion descaminada, léjos de ser necesaria para desarrollar el espíritu del hombre, no puede menos de retardarle por los extravíos en que le arroja, por las locas ilusiones con que le embriaga, y por las diversas turbaciones de que llena los estados. Esta fatal libertad es la que ha introducido entre los insulares, nuestros vecinos, esa multitud confusa de sectas, de opiniones y de partidos, y ese espíritu de independenciam y de rebelion que tantas veces ha conmovido hasta los cimientos del trono y ensangrentado el s6lio de sus Reyes. Acaso produciria entre nosotros efectos mas funestos todavia, pues que en la

inconstancia de la nacion, en su actividad, en su amor por las novedades, en su ardor impetuoso é inconsiderado y en todas las demás pasiones propias del carácter frances, hallaria sobrados medios para hacer nacer en nuestra pátria las revoluciones mas estrañas y precipitarla en todos los horrores de la anarquía. Pluguiese á Dios, Señor, que vuestra Magestad no hubiese tenido lugar de experimentar que esta libertad, á egemplo de todos los azotes, ha dejado vestigios ya muy marcados, ha alterado la bondad del carácter nacional, y casi en todas las condiciones ha introducido costumbres, máximas y un language desconocido á nuestros padres, y de que se hubieran alarmado igualmente su fidelidad y su amor á los Reyes." Finalmente, en su conclusion denunciaban los obispos al Rey nueve de las mas perversas obras que circulaban por entonces, á saber: la *Recopilacion necesaria*, el *Discurso sobre los milagros de Jesucristo*, traducido del inglés, el *Infierno destruido*, el *Contagio sagrado*, el *Exámen de las profecias que sirven de fundamento á la religion*, el *Exámen crítico de los apologistas de la religion*, el *Sistema de la naturaleza*, el *Cristianismo desmascarado*, y *Dios y los hombres*.

18. Pero lo que hizo mas honor á la asamblea fue su *Advertencia dirigida á los fieles sobre los peligros de la incredulidad*. Nada parecia mas capáz de hacer impresion que un aviso de esta naturaleza: eran todos los obispos y todo el clero de segundo órden quienes hablando por sus diputados demostraban á los pueblos los inconvenientes de los nuevos sistemas y las ventajas de

la religion revelada. Anunciaba la asamblea que estrechada por la corta duracion de sucesiones no se proponia dar todo el conjunto de las pruebas de la religion, ni responder á todas las objeciones de los incrédulos; sino que se limitaba á hacer ver que las ventajas que promete la incredulidad, y la ciencia con que se adorna, no son mas que prestigio y mentira; que en vez de elevar al hombre, lo degrada; que en lugar de serle útil, se opone á su felicidad, rompe los vínculos de la sociedad, destruye los principios de las costumbres y echa por tierra los fundamentos de la subordinacion y de la tranquilidad pública. Demostraba al mismo tiempo que sin la religion no podemos tener ni el conocimiento suficiente de nuestros deberes, ni la fuerza de practicarlos; que nuestra flaqueza, nuestras imperfecciones, la lucha que experimentamos dentro de nosotros mismos y cuanto nos cerca á la redonda, todo anuncia la necesidad y las ventajas de la revelacion, única que nos abre el camino de la verdad y de la dicha. Tal era el plan de esta obra que concluia exhortando á los fieles á estar alerta contra el peligro, á arrojar de sí lecturas perniciosas por las que habia naufragado la fé de muchos, y á oponer los principios de religion y la práctica de las virtudes cristianas á los extravíos del espíritu, á la mania de los sistemas y á la seduccion de las máximas corrompidas. Imprimióse despues por separado esta advertencia y se remitió á todos los obispos, quienes la esparcieron en sus diócesis acompañándola con sus instituciones particulares. Semejante proceder del clero, si no detuvo los progresos del mal, sirvió al menos para

confirmar á muchos en la fé, y vino á ser como la reclamacion solemne de la iglesia de Francia contra los ataques de la impiedad.

19. Sirvió tambien el celo del clero para despertar el de los magistrados que dieron en esta ocasion una brillante prueba en favor del cristianismo. El fiscal del Rey Mr. Seguier denunció al parlamento de París en un requisitorio lleno de fuerza y de elocuencia varonil el doble proyecto de los filósofos de trastornar el trono y el altar. „Se ha levantado entre nosotros, decia este sábio magistrado, una secta impía y atrevida, que ha condecorado su falso saber con el nombre de filosofia, y sus partidarios se han erigido en preceptores del género humano. Libertad de pensar, este es su grito: con una mano intentan quebrantar el trono, y con la otra quieren derribar los altares. Su objeto es extinguir la creencia, y la revolucion se ha obrado ya por decirlo así: se han multiplicado los prosélitos, sus máximas se han esparcido, los reinos han sentido vacilar sus antiguos fundamentos, y las naciones atónitas al ver aniquilados sus principios se preguntan por qué fatalidad han llegado á ser tan diferentes de sí mismas. Los que eran mas á propósito para ilustrar á sus contemporáneos, se han puesto al frente de los incrédulos, han enarbolaado el estandarte de la rebelion, y creen aumentar su celebridad con el espíritu de independenciam. Una turba de escritores oscuros no pudiendo figurar por el esplendor de los talentos de que carecen, quieren lograrlo por su audacia; y el gobierno debe temblar si tolera por mas tiempo en su seno una secta ardiente que solo